

CONTRIBUCIONES PARA EL ESTUDIO DE LAS IDEAS POLITICAS DE PERON

RICARDO SIDICARO *

Transcurridas dos décadas de su muerte, Juan Domingo Perón sigue despertando apasionadas polémicas en la Argentina. Si en materia de análisis objetivo se han elaborado diversos estudios sobre el movimiento político por él creado o las características de sus gobiernos, no ha sucedido lo mismo con su desempeño histórico. Aun en medios dedicados al análisis científico de la política o de la historia suelen predominar los juicios de valor cuando se introduce el tema Perón. Así, la figura del personaje que más influyó en este siglo en la vida del país no encontró entre sus connacionales un biógrafo que abordara la tarea con una aceptable dosis de ecuanimidad. Existen, eso sí, ensayos laudatorios o de condena. No es sorprendente, en consecuencia, que el pensamiento político de Perón, tomado en su conjunto, prácticamente no se haya convertido en objeto de estudio, aunque se elaboraron algunos trabajos dedicados a ciertas etapas del mismo. Quizás se encuentre una explicación de esa ausencia en la imposibilidad de aceptar la ambigüedad de un dirigente político todavía teñido por las visiones parciales de quienes lo han convertido en responsable de todo lo malo o todo lo bueno ocurrido en el país desde su aparición en la vida pública y aun después de su fallecimiento. Parece necesario hacer una salvedad: nuestro breve texto no cubrirá ese vacío; sólo buscará definir las etapas fundamentales de la evolución de las ideas políticas de Perón y las claves conceptuales que permiten hacer inteligible cada una de ellas.

Perón antes de ser Perón

El primer texto político de Perón fue escrito entre setiembre de 1930 y enero del año siguiente. En esa época era capitán del ejército, tenía 35 años y acababa de

* Universidad de Buenos Aires / CONICET.

participar en el golpe de estado que derrocó al presidente Yrigoyen. Se trataba de la primera vez que un gobierno civil elegido por sufragio universal era destituido por las fuerzas armadas. A pedido de uno de los principales jefes militares del movimiento triunfante, el general José María Sarobe, Perón (1931) narró su visión del acontecimiento remontándose a los momentos iniciales de la conspiración, pasó luego revista a sus dificultades y finalizó exponiendo su evaluación de los factores que posibilitaron el éxito. De ese relato de actor surge la perspectiva política de Perón, resumida en los siguientes ejes: 1) no le resultaba en absoluto significativo que el gobierno destituido fuera constitucional; 2) la justificación del golpe de estado se hallaba, en su opinión, en la ineptitud del presidente Yrigoyen y del elenco que lo acompañaba; 3) creía que los prolegómenos y ejecución de la revolución habían demostrado la incapacidad política y organizativa de los jefes militares que asumieron su conducción; 4) en fin, dedicaba especiales elogios al protagonismo popular: según su visión de los acontecimientos, el día de la toma del poder había sido el pueblo de la ciudad de Buenos Aires el factor definitorio de la situación, al manifestarse masivamente en las calles y asaltar, incluso, la casa de gobierno antes de la llegada de las pocas tropas militares que se plegaron a la sublevación. Las dos ideas mencionadas en primer término parecen totalmente coherentes con la decisión de Perón de participar en la conjura. Las dos últimas revelan la distancia del pensamiento de Perón con respecto a las concepciones elitistas sostenidas en la época que proclamaban una supuesta superioridad de los militares para dirigir el Estado y descartaban la posibilidad de que el pueblo pudiera asumir un rol en un futuro cercano.

El segundo texto de Perón, con profundas implicancias políticas, se publicó en 1932. Se trata de una obra que resume el curso de Historia Militar que dictara en la Escuela Superior de Guerra en 1931. Trabajo de síntesis que cubre desde las campañas bélicas de Ciro "El Viejo", fundador del imperio persa, hasta las enseñanzas de la Primera Guerra Mundial, todo el libro está centrado en los problemas de estrategia. Como criterio metodológico, el entonces mayor de ejército sostiene explícitamente la necesidad de rescatar de las batallas del pasado los conceptos de estrategia en lugar de acumular conocimientos históricos. La guerra moderna es definida por Perón como la búsqueda de la destrucción del poder del adversario (su aniquilamiento), o hacerle ver la conveniencia de ceder ante la perspectiva de males mayores en caso de continuar la acción. La guerra moderna, en su opinión, no implicaba solamente el esfuerzo de las unidades castrenses, sino la movilización de toda la sociedad: "la nación en armas". La separación entre la preparación bélica y el desarrollo de la política interna de un país es difícil de discernir en esa concepción de la guerra; a Perón no se le escapa el problema y hace algunas acotaciones marginales sobre la importancia del buen desempeño de los gobiernos y de los partidos. La acción de los ejércitos, apoyada por la confluencia de los aportes del conjunto de la sociedad, no era factor suficiente para alcanzar el éxito; en su opinión, debía complementarse con la acción del conductor, "la parte viviente del arte de la guerra", el alma de la conducción. Dote natural, según Perón, la capacidad de

conducir también puede adquirirse, pero en todo caso es la presencia de predisposiciones innatas en un ser sobresaliente lo que prevalece en su idea. El **conductor es la cabeza, el centro intelectual de un organismo, y uno sin el otro no podrían alcanzar los objetivos propuestos.** Estos apuntes de Historia Militar prefiguran las ideas básicas que 20 años después, ya en la presidencia de la República, retomaría al realizar un curso de Conducción Política en la Escuela Superior del Partido Peronista. A comienzos de 1955, Jorge Newton escribió una biografía apologética del entonces presidente Perón, y allí sostuvo: "Aparentemente esta era una obra de carácter militar, pero si se le cambian algunas palabras, si por ejemplo, en lugar de decir *Plan de Batalla* se dice *Plan de Gobierno*, en lugar de escribir *Doctrina de Guerra* se escribe *Doctrina Nacional*, y si, por fin, se alude a la *Conducción del Pueblo* en lugar de la *Conducción del Ejército*, esos 'Apuntes de Historia Militar' tienen una similitud muy grande con las clases de 'Conducción Política' que el General Perón empieza a dictar en el año 1950". (NEWTON, J., 1955; pág. 56). Lo que efectivamente surge de aquel texto del joven Perón es una lógica para pensar situaciones de conflicto, relaciones con el otro y con los propios, que aplicaría luego a sus reflexiones sobre la política.

Hasta 1939 Perón alternó sus funciones específicamente castrenses con la redacción de otros textos sobre estrategia militar; ese año fue enviado a Italia en misión de estudios. En los primeros años de la década del 70, exiliado en Madrid, Perón recordó esa misión en la Europa que muy pronto entraría en guerra, e ironizó que no había ido a Italia a ver la Torre de Pisa ni a Alemania para mirar la puerta de Brandenburgo; de ambos países le interesaban los fenómenos sociales y políticos. Así recordaría su deslumbramiento por la Alemania nacional-socialista y por la Italia fascista: "Un Estado organizado para una comunidad perfectamente ordenada, para un pueblo perfectamente ordenado también; una comunidad donde el Estado era el instrumento de ese pueblo, cuya representación era a mi juicio efectiva. Pensé que tal debería ser la forma política del futuro, es decir, la verdadera democracia popular, la verdadera democracia social". (PERÓN, 1976; pág. 29). En el mismo libro de recuerdos, Perón evocó con satisfacción haber tenido la oportunidad de conocer a Mussolini, en Palazzo Venezia, y haber estrechado su mano (pág. 27). En 1941, Perón retornó a la Argentina; las actividades militares no absorbieron todo su tiempo, ya que junto con otros oficiales se propuso crear una logia u organización secreta que pasó al primer plano de la figuración pública con motivo del golpe de estado que en junio de 1943 depuso al presidente Ramón S. Castillo. Es difícil decir en qué medida las ideas del fascismo tenían presencia en esa logia, ya que cuando se produjo su presentación en sociedad con el golpe, la guerra mundial estaba prácticamente definida a favor de los aliados y el cálculo estratégico debía indicar a los militares que participaban en la organización secreta que no era ese el momento para proclamar su adhesión a la ideología en derrota a escala internacional. Los documentos que emitieron los golpistas para justificar la deposición del gobierno anunciaban la decisión de reconstruir las instituciones democráticas sistemáticamente tergiversa-

das por las autoridades derrocadas, que habían alcanzado el poder mediante el fraude electoral y proyectaban mantener su control empleando ese mismo recurso. Por eso, los partidos políticos democráticos apoyaron la acción de las fuerzas armadas. Al producirse el golpe de estado, Perón tenía el grado de coronel. Muchos testimonios de entonces permiten pensar que al deponer al gobierno conservador los militares, incluso los organizados en la logia en que participaba Perón, que eran una minoría dentro del ejército, no tenían claridad sobre los rumbos políticos por adoptar. Probablemente, ni el mismo Perón debía imaginar que poco después comenzaría la época peronista.

El camino al poder

En un contexto caracterizado por la escasez de ideas políticas, las enunciadas por Perón llamaron muy pronto la atención. Sus concepciones sobre la política y la sociedad ocuparon el centro de las discusiones y así creció su figura. Entre junio de 1943 y octubre de 1945 acumuló varios cargos en el gobierno. Cuando hablaba desde esas responsabilidades oficiales no era claro si su palabra expresaba un proyecto colectivo compartido por el conjunto de las autoridades o una manifestación de sus convicciones personales. El equívoco se mantuvo durante un tiempo, hasta que se produjo una crisis encabezada por quienes pedían su alejamiento del gobierno; para entonces, sus ideas le habían ganado importantes apoyos sociales. También contaba con la adhesión de una parte de las fuerzas armadas, en especial del ejército. La sociedad se había dividido entre partidarios y adversarios del politizado coronel. Perón ya era Perón.

El primer cargo oficial que Perón había ocupado en el gobierno militar, en octubre de 1943, había sido la titularidad de una repartición hasta entonces carente de significación: el Departamento Nacional del Trabajo, convertido luego en Secretaría de Trabajo y Previsión. Desde allí comenzó a exponer sus ideas sobre la sociedad y el Estado. La justicia social para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores aparecía en sus concepciones como un aspecto básico para lograr la mejor integración de la sociedad. Conciliar el capital y el trabajo para evitar la lucha de clases era, en su óptica, una misión que debía asumir el Estado. Los asalariados, por medio de sindicatos fuertes y centralizados, podrían expresar orgánicamente sus demandas sin necesidad de recurrir a huelgas ni confrontaciones. En las ideas de Perón, la lucha gremial no estaba excluida y era un recurso aceptado cuando los empresarios rechazaban demandas legítimas de sus obreros. El Estado, en tanto árbitro, debía escuchar a todos, pero no podía desinteresarse de lo que sucedía con los más débiles. Algunas de las iniciativas impulsadas por Perón habían sido propuestas años antes por los legisladores socialistas; otras recordaban al *New Deal* norteamericano, y no faltaban las que podían tener inspiración en la *Carta del Lavoro* de Mussolini. Lo nuevo, en la Argentina, era que desde el Estado se alentara la sindicalización de los trabajadores. Perón fundaba sus ideas en varios sistemas de

justificaciones. Por una parte, decía, sin mayor justicia social se terminaría en una revolución y, en ese caso, perderían todos. Remitía, también, a otro criterio: el mundo moderno marchaba irremediablemente hacia una situación de más equidad social en todas las sociedades relativamente evolucionadas; la meta era encontrar un punto intermedio entre el capitalismo y el comunismo. Defender a los asalariados no suponía, según su razonamiento, perjudicar a los empresarios. El capitalismo era criticable cuando explotaba excesivamente a los obreros. Eso se podía evitar mediante la acción tutelar del Estado. La armonía vendría con el trípode Estado, capital y trabajo. Allí estaba, creía Perón, la fórmula virtuosa capaz de asegurar el beneficio colectivo. Dignificar el trabajo y humanizar el capital aparecía como un objetivo perfectamente alcanzable si las partes deponían sus egoísmos, pensaban en el futuro y en las necesidades nacionales.

A partir de febrero de 1944, Perón se hizo cargo del Ministerio de Guerra. Comenzó entonces a difundir ideas favorables a la mayor autonomía económica del país y al desarrollo industrial, como condición para asegurar la defensa nacional. Sus concepciones, presentes en el libro de historia militar de 1932, fueron planteadas desde su nueva situación en la estructura de poder. Así, en los finales de la Segunda Guerra Mundial, Perón se preocupaba por pensar una realidad internacional en la que no creía que desaparecieran las tensiones y los enfrentamientos bélicos. La fórmula clásica: *si quieres la paz, prepárate para la guerra*, se articulaba en sus ideas con el crecimiento económico y la creación de una industria pesada. El Estado debía asumir roles muy importantes en la planificación indicativa de la economía. Los empresarios, según Perón, podían no tener interés en invertir en industrias básicas. En ese caso, el Estado debía encargarse de esas áreas de producción. Adjudicaba también a las empresas industriales dirigidas directamente por las fuerzas armadas un papel muy significativo. La posibilidad de movilización total o de la "nación en armas", el concepto de estrategia militar que hacía una década había expuesto en sus clases, se convertía ahora, prácticamente, en un proyecto de política gubernamental. La corporación militar podía encontrar aspectos atractivos en las ideas de Perón, que ya comenzaban a procurarle enemigos en distintos sectores sociales y políticos. Además, y esto no es menos importante, suscitaban las críticas del Departamento de Estado norteamericano, que a raíz de una de las intervenciones de Perón sobre los problemas de la defensa nacional creyó detectar en sus ideas una inspiración totalitaria y así lo hizo saber públicamente. Washington parecía temer que un vástago del fascismo creciera en Buenos Aires.

Un organismo oficial creado para reflexionar sobre los problemas que enfrentaría el país cuando finalizara la contienda mundial, el Consejo Nacional de Posguerra, le abrió a Perón la posibilidad de dirigirse directamente a los empresarios. ¿Qué pasaría con las industrias que se habían desarrollado al amparo objetivo de la situación bélica, que impedía la llegada de importaciones? Allí Perón, vicepresidente de la República además de secretario de Trabajo y Previsión y ministro de Guerra, explicó a los industriales la importancia de la acción del Estado para mantener y mejorar las

actividades de la industria. Entre sus ideas era fácil reconocer la influencia de un keynesianismo que en la época era compartido por diversos sectores políticos y que se difundiría en América Latina con posterioridad al fin de la guerra. En el Consejo Nacional de Posguerra se trazaba una prospectiva optimista siempre y cuando la ayuda estatal permitiera el adecuado reequipamiento de la industria. Ese fue uno, no el único, de los espacios institucionales en los que Perón formuló una propuesta dirigida al empresariado.

¿Cuál era el punto de encuentro de toda la actividad ideológica de ese primer Perón?: la importancia que adjudicaba al Estado. Todas las cuestiones por él planteadas remitían a la centralidad de la acción estatal. A cada sector podía hablarle sobre sus intereses específicos, asegurarle que estos podían ser articulados superando las diferencias circunstanciales, pero a todos intentaba demostrarles el rol fundamental que debía cumplir el Estado. Perón encontraba en lo estatal el lugar de la unidad y en la sociedad veía el riesgo de una conflictividad destructiva. No recurría a argumentaciones filosóficas, ni sus ideas se dejaban llevar por un libre discursar abstracto. Su visión era la de un organizador que había vivido en el orden burocrático militar, que aun con sus fallas lo había llevado a pensar en las virtudes de los organismos bien regulados, con objetivos, estrategias y mediaciones tácticas. Desde esa matriz de decodificación había elogiado al nacional-socialismo alemán como un mundo organizado. Se hubiera sorprendido al contrastar su mirada sobre el Tercer Reich, con la que daba Franz Neumann en su obra *Behemoth*, o Hermann Rauschning en *La revolución del nihilismo*. Ese primer Perón lanzado a la acción pública ofrecía a la sociedad un modelo de regulación de sus conflictos. Pero propuesta fue escuchada desde una perspectiva distinta de la que él, seguramente, esperaba encontrar: con su prédica contribuyó a la politización de los conflictos sociales. Los sectores asalariados en su mayoría recibieron positivamente el proyecto de Perón, en tanto los empresarios, en una proporción muy alta, lo rechazaron. Así, en el curso de 1945, la sociedad argentina se escindió en dos bloques político-sociales, que no podrían definirse exclusivamente por su contenido de clase, pero ininteligibles sin esa dimensión conceptual. En torno a los dos polos creados en la escena política se alinearon las clases medias, también divididas a favor o en contra de Perón.

En octubre de 1945, Perón fue apartado del gobierno y arrestado por un movimiento militar que contó con la simpatía del amplio sector de la sociedad contrario a sus proyectos. Se produjo entonces una movilización del otro sector, igualmente importante, que había cifrado expectativas positivas en sus propuestas. La movilización popular definió la relación de fuerzas entre los militares a favor de quienes apoyaban a Perón y este recuperó la libertad y dirigió un discurso triunfal a la multitud que lo aguardaba en la Plaza de Mayo. De ese modo inició oficialmente la campaña electoral que lo llevaría tiempo después a la presidencia constitucional.

En el transcurso de la contienda electoral, Perón adoptó posiciones más duras y combativas que las expresadas desde los cargos que había ocupado en el gobierno.

Se convirtió en un verdadero agitador social y desplegó una prosa antiimperialista que le granjeó nuevos enemigos. Sus discursos adquirieron un abierto tono antipatronal, y a la anterior convocatoria a los trabajadores y a sus organizaciones sindicales sumó el llamado a la movilización de los pobres en general. En un momento en que los Estados Unidos de América se convertían en la potencia hegemónica a nivel mundial, acusó a sus autoridades por inmiscuirse en la política interna. El embajador norteamericano en la Argentina actuaba, en ese tiempo, como uno de los principales mentores del frente constituido por todos los partidos políticos para oponerse a la candidatura de Perón. Así, objetivamente, la confrontación se había internacionalizado y esto favoreció a Perón, que pudo presentarse como adalid de la soberanía nacional. La dinámica de la situación contribuyó a que Perón enunciara al mismo tiempo definiciones del Pueblo y de la Nación que articulaba con sus ideas sobre la centralidad del Estado en tanto garante del orden social, del crecimiento económico y de la defensa territorial. En la Argentina nunca se había conformado una configuración ideológica de esas características. Para una parte de quienes se oponían a Perón, la combinación tenía resonancias fascistas, mientras para otros, el emergente caudillo movilizaba el odio de clase y el resentimiento social que en otras latitudes atizaban los partidos de izquierda. Seguramente, quienes así pensaban encontraban cierta comprobación empírica de sus presunciones al ver sumarse a las filas del emergente coronel a personas que habían militado en el fascismo, en el socialismo y en el comunismo. Aun cuando, y esto muestra la complejidad de la situación, también el frente formado en su contra reunía a partidarios de la extrema derecha y de la izquierda socialista y comunista. De los partidos conservador y radical, las dos fuerzas tradicionales del país, salieron dirigentes que adhirieron a Perón. Con sólo poner énfasis en algunos de los aspectos del discurso de Perón, personas de los más diversos orígenes ideológicos podían encontrar la continuidad de sus creencias y posiciones anteriores. Sin embargo, lo que asignaba mayor sentido a muchas de las propuestas enunciadas por Perón era la combinación que inventaba y los apoyos sociales que había conquistado en las clases populares. Sin miedo a las fórmulas un tanto paradójicas, Seymour Martin Lipset, al referirse a la complejidad del fenómeno peronista, en su libro *Political man, the social bases of politics*, lo caracterizó como una especie de fascismo de izquierda. Gino Germani, por su parte, se encargó de demostrar en varias de sus obras las diferencias sustanciales existentes entre los totalitarismos europeos y el peronismo (ver particularmente GERMANI, 1975, cap. IV). El tema de la comparación con el fascismo no abandonaría, desde entonces, la problemática definición del peronismo. Y tal como lo hemos citado anteriormente, el mismo Perón, a principios de la década del 70, no tuvo inhibiciones para recordar cómo las experiencias fascistas habían marcado su pensamiento.

Un decenio en el gobierno

Entre 1946 y 1955, la ideología de Perón se confundió con la del gobierno que dirigía. Habló casi a diario exponiendo sus ideas, las que, a su vez, fueron recopiladas en innumerables publicaciones destinadas a difundir su pensamiento en la sociedad. Su palabra se alternó con la de Eva Perón, su esposa, fallecida en 1952, quien se convirtió en divulgadora de los principios doctrinarios del peronismo, aunque en una versión más "plebeya" y menos complaciente con los poderes establecidos. En la prosa, los peronistas anunciaron una revolución social, política y económica que no realizaron. Pero todo el lenguaje que emplearon estuvo permanentemente cargado de tensión. La idea de construir una Nueva Argentina, destruyendo hasta los cimientos la precedente, fue repetida con frecuencia. En realidad, cuando se trata de evaluar empíricamente los cambios producidos durante la década peronista, estos revelan mucho menor significación que los enunciados que los acompañaron. En lo social, la gran transformación peronista fue la creación de un poderoso sindicalismo unificado, que permitió dotar al movimiento obrero de un nivel de organización como nunca había tenido hasta entonces. En lo político, probablemente el efecto mayor del decenio del gobierno de Perón haya sido generar una identificación entre la condición social de los sectores de menores ingresos y el peronismo. Esa identidad política perduró después del derrocamiento de Perón. En el plano económico los cambios fueron menores; la industrialización fue mucho más modesta que lo prometido. Basta comparar las tres décadas comprendidas entre 1935 y 1965 para ver que la de menor crecimiento industrial fue la gobernada por Perón. La distribución de ingresos, favorable a los asalariados en los primeros años del gobierno peronista, estuvo luego expuesta a los efectos regresivos de las situaciones de crisis económica y no se puede decir que en ese nivel se haya registrado, tampoco, un cambio sustancial, aun cuando globalmente dichos sectores mejoraron sus condiciones de vida.

Seguir las concepciones de Perón sobre la política y la sociedad durante los años de su gobierno supone, en consecuencia, sistematizar un conjunto de ideas por momentos muy distanciadas de la realidad, pero que reflejaban un universo de aspiraciones que, a su vez, tenían efectos sobre las relaciones sociales y políticas. Perón estableció una diferencia entre dos planos distintos de la acción teórica: llamó *ideología* a la concepción general, prácticamente inmutable durante períodos muy largos, a cuyos principios debía ajustarse un proyecto político que trascendía la vida y obra de varias generaciones de ejecutores, y denominó *doctrina* a la manera en que se estructuraban las propuestas para aplicar la ideología a lapsos más breves y en condiciones específicas. Así se lo explicó a su biógrafo por antonomasia, Enrique Pavón Pereyra, en 1973: "Normalmente las ideologías no cambian, sino en largos períodos de la historia; ha habido ideologías para la Edad Media, ha habido para la etapa capitalista, hay ahora una para la etapa socialista, en fin... pero duran siglos las ideologías. En cambio, las doctrinas -que son las formas de ejecución de esas ideologías- esas varían con las circunstancias de su aplicación" (PAVON PEREYRA,

E., 1973; págs. 328-329). Parece interesante señalar que cuando enseñaba estrategia militar, Perón explicaba a sus alumnos la diferencia entre Teoría de guerra y Doctrina de guerra que, *mutatis mutandis*, suponía una distinción similar a la propuesta entre ideología y doctrina (PERÓN, 1932; pág. 30-31). A esas dos dimensiones, expresadas no siempre en *corpus* diferentes, se sumó otra que cabría denominar los discursos de extrema beligerancia, emitidos al calor de coyunturas densas, cuyo contenido en sentido estricto Perón no hubiera podido clasificar en su tipología. En fin, agreguemos que el empleo de la palabra "doctrina" en el vocabulario peronista y en el utilizado por Perón se confundió totalmente, en muchos casos, con el sentido que le dio al término "ideología". De todas maneras, la distinción puede resultar operativa.

La más alta meta ideológica enunciada por Perón como punto de llegada de la acción política era la realización de la "comunidad organizada". Los mismos peronistas tuvieron notorias dificultades para definir de manera clara y concisa qué era esa "comunidad", y oscilaron entre fórmulas muy abstractas y otras extremadamente empíricas, y siempre lo hicieron tomando citas de Perón. Para cerrar el texto de mayores ambiciones teóricas que Perón propuso durante su gobierno, conocido justamente con el nombre de *La comunidad organizada*, afirmaba: "Esta comunidad que persigue fines espirituales y materiales, que tiende a superarse, que anhela mejorar y ser más justa, más buena y más feliz, en la que el individuo puede realizarse y realizarla simultáneamente, dará al hombre futuro la bienvenida desde su alta torre con la noble convicción de Spinoza: *sentimos, experimentamos, que somos eternos*" (PERÓN, J.D., 1949; pág. 81). Esta idea de comunidad organizada se proponía como alternativa al individualismo liberal y al colectivismo marxista. La primera de esas cosmovisiones se desinteresaba totalmente de lo que sucede con el hombre, decía Perón, en tanto que la segunda lo oprimía y anulaba totalmente. Así, el peronismo, a su entender, se colocaba en el justo medio y en busca de la armonía entre individuo y sociedad. La proximidad con las ideas denominadas del catolicismo político o de las democracias cristianas es, por cierto, notoria en las definiciones de la "comunidad organizada". Aclaremos, sin embargo, que los peronistas evitaban hacer mayores referencias al universo de valores del cristianismo, aun cuando le asignaban un lugar entre sus fuentes de inspiración ideológica.

Más directamente relacionada con las orientaciones de gobierno, la *doctrina* era enunciada por Perón como un conjunto de lineamientos que debían permitir alcanzar las tres metas o propuestas fundamentales del peronismo: la justicia social, la soberanía política y la independencia económica. Esas metas eran de carácter eminentemente político y, por lo tanto, suponían la definición de los adversarios que querían impedir su realización. Esto implicaba señalar la existencia de bloques y definir situaciones de conflicto. Naturalmente, al referirse a la *justicia social* se introducía en los temas vinculados con la lucha de clases, considerada por el peronismo como un fenómeno negativo que se debía evitar y superar. Las actitudes patronales excesivamente centradas en el lucro eran en ese sentido criticadas y, por otra parte, el disciplinamiento sindical aparecía como un factor decisivo para

organizar ordenadamente las demandas laborales. En la medida que los principales apoyos del gobierno se encontraban en las clases populares, Perón tendió a referirse con mayor frecuencia a los efectos perjudiciales para la armonía social originados en la acción patronal. El peso adquirido por los sindicatos y su función de sostén del régimen inclinaba objetivamente la balanza hacia los trabajadores en detrimento del empresariado, aunque esto fuera en buena medida más fuerte en el plano discursivo que en el de las transferencias intersectoriales de ingresos. La mayor parte de la iconografía propagandística del peronismo resaltaba el protagonismo obrero y se acercaba más a una versión edulcorada del realismo socialista que al llamado a la colaboración social. Esta contradicción entre los contenidos expresados en las ideas de Perón y la manera en que los mismos entraban en la dinámica efectiva de las relaciones sociales complejiza el análisis del problema. Si se lo toma *à la lettre*, el pensamiento social de Perón aparece como mucho más equilibrado de lo que realmente eran sus efectos y su percepción societaria. Tanto los asalariados como los empresarios decodificaban el mensaje social del peronismo como más cercano a los primeros que a los segundos. La acción del Estado era vista, también, de ese modo. Aun cuando en los tres últimos años de su gobierno Perón reorientó sus políticas y sus propuestas para captar apoyos empresarios, la imagen global del régimen siguió asociada a esa preferencia por los asalariados. En consecuencia, puede afirmarse que las ideas de Perón favorables a la conciliación social en todo momento estuvieron fuertemente marcadas por la mejor acogida que encontraban en las clases populares. Además, en el *corpus* ideológico producido por el peronismo para difundir las concepciones de Perón sobre la "cuestión social" es notoria la desproporción entre la gran cantidad de críticas a los empresarios en comparación con las pocas dirigidas al mundo sindical o del trabajo.

La *soberanía política* en el pensamiento de Perón remitía al rechazo de influencias externas para fijar las orientaciones de la política argentina, tanto en el orden interno como en el internacional. La dimensión nacionalista del peronismo era condensada en un conjunto de ideas que en la época tenían como referencia la posible injerencia de los Estados Unidos en la vida interna de los países latinoamericanos. Perón solía repetir que el principio de nacionalidad, la igualdad jurídica de los estados y la soberanía constituían las bases fundamentales de la política internacional de su gobierno. La idea de que la Argentina podía ser agredida política o económicamente por los principales países centrales no se materializaba en malas relaciones diplomáticas con los mismos, pero contribuía a forjar una visión de carácter antiimperialista cuya principal expresión era la facilidad con que Perón acusaba a sus opositores internos de estar en connivencia con intereses extranjeros. Por eso, el tema de la *soberanía política* fue un elemento importante en la ideología peronista por su uso interno, ya que permitía desnacionalizar o desargentinar discursivamente a los adversarios políticos. Los supuestos "quintacolumnistas" podían situarse en la derecha o en la izquierda del espectro político, ya que el peronismo afirmaba que existían un imperialismo capitalista y otro comunista; a los primeros solía verlos en

el campo de los partidos tradicionales y a los segundos en las actitudes sindicales rebeldes que impulsaban conflictos sociales desaprobados por el gobierno.

En fin, para Perón la *independencia económica* estaba directamente asociada al aumento de la producción nacional. Este fue el ámbito en el que su pensamiento mostró mayor flexibilidad y variación en el transcurso de su gobierno. Según las épocas y los problemas que debió enfrentar la economía, Perón modificó sus ideas de una manera totalmente instrumental. Primero impulsó la nacionalización de empresas de capital extranjero, considerándolas un factor de dependencia, y años después propuso un amplio conjunto de justificaciones para explicar por qué el capital extranjero podía ser beneficioso para el progreso del país. Postuló en la primera época ampliar la intervención del Estado en la economía, y posteriormente elogió las virtudes de la iniciativa privada como factor fundamental de desarrollo, aunque sin negar completamente el valor de las regulaciones estatales. En correspondencia con esos cambios en sus ideas, pasó de adjudicar un rol primordial a la demanda y a la distribución progresiva del ingreso para estimular la producción, a privilegiar después la inversión y el aumento de la productividad como aspecto central. Así, si bien Perón mantuvo constante una serie de referencias sobre la *independencia económica*, sus ideas sobre los medios para alcanzarla revelaron mutaciones, las cuales, por otra parte, como sucedió en otros aspectos durante su gobierno, tampoco necesariamente tuvieron por consecuencia la implementación efectiva de políticas acordes con los cambios de rumbos anunciados.

Junto con aquellos elementos del pensamiento de Perón que pueden ubicarse en lo que denominaba la *ideología* y la *doctrina*, existió un tercer conjunto de ideas mucho más ligadas a las tensiones coyunturales. En algunas ocasiones, Perón se expresó con un alto nivel de beligerancia contra sus adversarios, y esto, en ciertos casos, fue el prólogo de movilizaciones de sus partidarios para incendiar, apedrear o saquear instituciones tomadas como símbolo de la oposición del momento. Si bien esto sucedió sólo excepcionalmente en la década, allí Perón acuñó algunas ideas muy poco compatibles con la "colaboración social" o la creación de una "comunidad organizada" y que lo ponían en el rol de agitador revolucionario. Para la oposición, esas actitudes aparecían como una confirmación del carácter antidemocrático, irracional y tentado por la demagogia extremista del presidente. Poco integrables al conjunto de su pensamiento político, las expresiones más belicosas de Perón fueron, sin embargo, una lente que daba a su *ideología* y a su *doctrina* una dimensión distinta. En los últimos meses de su gobierno, cuando enfrentó a las autoridades de la Iglesia Católica, a quienes acusaba de intentar crear un partido demócrata cristiano para competir con una propuesta parecida a la peronista, Perón lanzó algunas de sus ideas más agresivas, no sólo contra las jerarquías eclesíásticas, sino también contra toda la oposición. Así, un tanto paradójicamente, el Perón de la época de su derrocamiento por los militares fue, a la vez, el más conciliador en el plano doctrinario, ya que predicó la pacificación con los partidos adversarios y se inclinó por controlar las demandas de los sindicatos y favorecer al empresariado, pero, al mismo tiempo, planteó con

extrema iracundia el tratamiento de los problemas coyunturales, en respuesta al ascenso de parte de la oposición o el desgajamiento de algunos sectores que anteriormente habían acompañado su proyecto político.

Destierro

El golpe de estado que en setiembre de 1955 lo desalojó del poder tuvo un importante impacto en las ideas políticas de Perón. Durante una década había pensado la política desde el Estado, pero ahora se encontraba no sólo en el llano, sino en el exilio. En la lucha que se propuso librar desde entonces, los conceptos militares que el joven Perón había enseñado en la Escuela Superior de Guerra y que constituyeron, como hemos visto, un sustrato que permaneció presente en toda su concepción de la acción política, cobraron para él una nueva significación, ya que consideró que debía planificar una campaña prolongada contra quienes lo habían derrocado. Naturalmente, su primera definición política de la nueva situación debía precisar adversarios y aliados: "la oligarquía puso el dinero, los curas la prédica y un sector de las fuerzas armadas, dominadas por la ambición de algunos jefes, pusieron las armas de la República. En el otro bando están los trabajadores, es decir, el Pueblo que sufre y produce". Esa explicación, formulada en octubre de 1955 en el Paraguay, fue reproducida en el primer libro de exilio de Perón, finalizado en Panamá en 1956 (PERON, J.D., 1956; págs. 6-12). Así, veía la revolución que terminó con su gobierno como un acto conspirativo impulsado por las minorías económicas perjudicadas por el peronismo, y que había triunfado gracias a la traición de algunos jefes militares y a la agitación clerical. De los tres conjuntos de actores nombrados por Perón, la "oligarquía" sería designada de allí en más como el principal enemigo del peronismo. Los jefes militares, y no el conjunto de las fuerzas armadas, se convertirían en blanco de sus críticas con una intensidad errática. Las jerarquías eclesiásticas desaparecieron al poco tiempo de los planteos de Perón. En cuanto a sus apoyos, los trabajadores, el exiliado caudillo introducía al poco tiempo una reflexión importante en otro libro, donde realizaba un balance de la acción del régimen militar que lo había sucedido: "aunque el justicialismo dista mucho de ser un movimiento clasista, la reacción oligárquica con sus prejuicios, sus venganzas y sus mañas, ha terminado por convertir el caso argentino en una lucha de clases Ha dividido a la población del país en dos bandos irreconciliables, formados por las fuerzas de la producción y el trabajo, contrapuestas a los parásitos que viven de la producción y del trabajo ajenos Es la guerra de los que producen con los que solamente consumen, que, apoyados en anacrónicos privilegios, todo lo quieren a cambio de no dar ni hacer nada" (PERON, J.D., 1958; pág. 130). El nuevo Perón parecía concebir su retorno al poder como parte de una lucha social, y de allí que en la época escribiera al dirigente que había puesto a la cabeza de la organización política del peronismo para explicarle que se trataba de hacer una revolución cuyo modelo era la de octubre de 1917 en Rusia, acontecimiento que interpretaba de un modo similar al de Curzio Malaparte en

su libro *Técnica del golpe de estado* (PERON-COOKE, 1973; t. 1, págs. 319-320).

Durante sus 18 años de exilio, Perón mantuvo, para hablar en su lenguaje, el mismo *objetivo estratégico*: volver al control del poder, pero modificó en muchos aspectos y según las condiciones los *medios tácticos*. En el horizonte de metas políticas se trataba de retornar al poder para reemprender la búsqueda de la "comunidad organizada" mediante un programa parecido al aplicado en su década de gobierno, pero la lucha política se instaló en el centro de sus reflexiones y le dio un carácter nuevo. Sin perder las ambigüedades, las ideas de Perón se situaron predominantemente, en la década del 60, en el movimiento general de concepciones tercermundistas, de las cuales se consideraba pionero. La mundialización de los conflictos, ya presente en el razonamiento de Perón en la época de su gobierno, fue retomada en sus escritos en los años 60 con una prosa de neto corte antinorteamericano. Recordemos que Perón atribuyó al gobierno de los EE. UU. la decisión de impedirle retornar a la Argentina en 1964, cuando hizo un intento en tal sentido interrumpido en un aeropuerto brasileño. Criticaba, también, a la Unión Soviética, ya que entendía que existía una división del mundo pactada con los EE.UU. que perjudicaba a los países de la periferia, fueran estos capitalistas o socialistas. Esta visión de la realidad mundial le permitía elogiar a Mao Tse-Tung por su actitud crítica con respecto a Moscú, o a Fidel Castro por su enfrentamiento con Washington. En el Tercer Mundo, según lo definía Perón, entraban tanto el general De Gaulle como Indira Gandhi o Haile Selassie. La lucha en la Argentina era para él contra toda clase de poderes imperialistas. Pero como para demostrar que sus ideas no eran fácilmente encuadrables en los esquemas tercermundistas más clásicos, en su matriz explicativa de la dominación mundial decía que se trataba de una lucha entre los pueblos y la *sinarquía*, noción en la que incluía, además de los imperialismos norteamericano y soviético, a la masonería, a la Iglesia Católica y al sionismo. En fin, en los escritos de esos años no faltaron tampoco algunas referencias con simpatías por los movimientos neofascistas que surgían en Europa.

En el plano de la política argentina, Perón mostró una gran ductibilidad para ir definiendo la evolución de la situación. Atento al incremento de la combatividad política de los sectores juveniles, fenómeno que consideraba de carácter mundial, puso especial interés en dirigir una parte de sus reflexiones hacia la nueva generación. Escribió con frecuencia sobre el protagonismo de los jóvenes y ensalzó sus virtudes y coraje. El desplazamiento hacia posiciones confrontacionistas de un ala del sindicalismo peronista, en disidencia con otra negociadora, lo hizo asumir una actitud de árbitro, pero sin ocultar sus simpatías por los más radicalizados. Así, en el transcurso de la década del 60, sus ideas pudieron ser leídas como de izquierda, sin una tergiversación demasiado grande, por quienes así lo quisieron. Una noción por cierto poco clara que Perón usó con frecuencia al definir su proyecto fue la de *socialismo nacional*, forma de organización social en la que incluía a países como China o las monarquías escandinavas, que contribuyó a dar a su pensamiento político cierta tonalidad de izquierda y a aumentar su aceptación en sectores favorables de

todo tipo de ideas. A principios de la década del 70, en las conversaciones con su biógrafo anteriormente citadas, Perón decía: "Nuestro movimiento ... es indudablemente de base socialista. ¿Por qué? Porque pivotea sobre la justicia social, que es la base de toda nuestra promoción revolucionaria" (PAVON PEREYRA, E., 1973; pág. 136). Desde esa misma óptica, Perón fomentó el desarrollo de las organizaciones guerrilleras que comenzaron a actuar en la Argentina desde 1968.

Perón había pensado habitualmente el problema de la política con categorías militares y no tuvo que hacer, en consecuencia, demasiados esfuerzos para reflexionar sobre la guerrilla y justificarla. En numerosos textos explicó la importancia de la guerrilla, en tanto acción de desgaste ejercida sobre un enemigo superior en capacidad bélica, y la ubicó entre las tácticas legítimas de los pueblos que luchaban por su liberación. En ese esquema, criticaba a las fuerzas armadas argentinas, que comparaba con un ejército de ocupación. El lenguaje de la guerra no era metafórico: a diario, en la Argentina se producían acciones armadas que dejaban numerosas víctimas, y desde Madrid Perón alentaba la continuidad de esa lucha, en la que veía un medio táctico para obligar al gobierno militar instaurado en 1966 a llamar a elecciones libres y sin proscripciones, vía por la cual él esperaba que el peronismo retomara al control del Estado. Las elecciones se registraron en marzo de 1973 y un frente integrado en torno al peronismo obtuvo la victoria.

Retorno y fin

Perón volvió a la Argentina y poco después renunció el presidente peronista que había triunfado en marzo de 1973, para posibilitar la realización de nuevas elecciones, esta vez con el anciano caudillo como candidato. El 12 de octubre de 1973 Perón fue ungido nuevamente presidente de la Argentina. Llevaba como vicepresidente a su tercera esposa, Isabel Martínez de Perón. En sus ideas políticas para esta nueva etapa era fácil reconocer la combinación entre conceptos y explicaciones similares a los del período 1943-1955 y los que había incorporado en los años de exilio. Más tercermundista y preocupado por las relaciones internacionales, seguía criticando lo que llamaba los imperialismos norteamericano y soviético, a la vez que convocaba a la unidad de los países latinoamericanos y de las periferias de ambos sistemas de dominación. Por su iniciativa, la Argentina adhirió al bloque de *No alineados*. Según sus ideas, la solidaridad entre los países menos desarrollados era más necesaria que nunca, ya que preveía el aumento de las amenazas y arbitrariedades de las grandes potencias. El pacto de distribución de áreas de influencia que, según lo había dicho muchas veces, se había firmado en Yalta, seguía vigente, y por ello los países del Tercer Mundo debían contrarrestar con su unidad los efectos negativos de esa coalición objetiva de intereses entre las metrópolis del capitalismo y del comunismo. Evidentemente, esta definición del problema internacional era tributaria de una matriz geopolítica que relativizaba el valor de las ideologías que, a su parecer, sólo eran una racionalización o una pantalla de otras motivaciones. Desde esa perspectiva, Perón

insistió en la tarea de buscar la *independencia económica* y la *soberanía política*. Su otra propuesta de los orígenes de peronismo, la *justicia social*, seguía igualmente vigente, e inspiró la realización de un pacto social entre los sindicatos, los empresarios y el Estado. Es decir, el trípode virtuoso de la anterior experiencia de gobierno se reeditaba. Perón creía que era necesario fortalecer al Estado, ya que éste había sido debilitado por quienes gobernaron después de su derrocamiento. En ese sentido, era notorio que sus ideas eran más estatistas que en 1955. Al mismo tiempo, los pactos realizados con los partidos de oposición, en especial con la Unión Cívica Radical, acordaron a sus concepciones un carácter más pluralista y abierto que en su anterior gobierno. En fin, con relación a los militares, a quienes tanto había criticado en sus años de exilio, les ofrecía una explicación favorable a la autoestima institucional, al responsabilizar a los jefes por las decisiones políticas que habían adoptado entre 1955 y 1973. Todo llevaba a la pacificación y la Argentina, según afirmaba Perón, estaba en vías de convertirse en una potencia mundial.

¿Dónde se hallaban los adversarios? Para Perón, había pocos y relativamente embozados: algunos sectores empresarios remisos a aceptar las orientaciones de la política económica; unos pocos sindicalistas que reclamaban mayores salarios de los que, según el gobierno, se podían acordar; una parte de los dirigentes del ala juvenil de su movimiento, que pedía más reformas políticas y sociales y más participación en el poder y, en fin, los grupos armados de orientación extremista, que continuaban realizando acciones terroristas. Por momentos, vinculaba las causas de esas distintas formas de oposición a una especie de conspiración internacional que quería frustrar el proyecto que su gobierno compartía con casi todos los partidos de la oposición. Atento al lenguaje necesario para ejercer la primera magistratura del país, Perón no nombraba muy explícitamente a los confabulados en el orden internacional, pero dejaba entrever que eran los "agentes" de las grandes potencias. Así, el modo de decodificación bélico del juego político seguía ordenando su manera de definir la escena interna y sus actores, si bien esta vez esos antagonistas venáculos aparecían para él como mucho más marginales. Pensábase a sí mismo como un general que había triunfado en una prolongada contienda, y relativizaba los problemas políticos, pero destacaba los desafíos económicos. La metáfora bélica de una posguerra civil le sirvió para caracterizar la etapa finalizada con el retorno del peronismo al gobierno, en 1973. Esa vocación por analizar la política en términos próximos a los del arte militar lo llevaba a reflexionar públicamente sobre la importancia de la organización para asegurar la continuidad de los grandes proyectos que en una etapa inicial eran impulsados por conductores dotados de carisma. Murió el 1 de julio de 1974 y dejó al movimiento político por él creado en una situación de profundas desorganización y crisis, y en el país un vacío de poder que preocupó tanto a sus partidarios como a sus opositores. Durante tres décadas, la vida política de la Nación había girado en torno a sus ideas e iniciativas; ahora, había comenzado la Argentina de después de Perón.

La paz y la guerra

En la gran mayoría de las ideologías políticas existe una meta o dimensión utópica. La *comunidad organizada* que Perón planteaba como objetivo final de su proyecto político tenía todos los rasgos de las utopías. Desaparecerían las tensiones y los conflictos sociales y se lograría religar al individuo con la sociedad. Saintsimoniano sin saberlo, Perón construía una apología de los *productores* o *trabajadores*, contraponiéndolos a los *rentistas*. Por eso la dicotomía propia del mundo industrial no asumía en sus ideas el carácter de un conflicto insuperable. No hubiese podido suscribir, en cambio, la creencia de Saint-Simon sobre la inutilidad de los militares. La Edad de Oro, para Perón, llegaría como expresión de una forma máxima de integración social de la que no se excluía la posibilidad de incorporar a todos los sectores sociales. Las limitaciones para pertenecer a la *comunidad organizada* no surgían de lo que los marxistas denominarían posiciones estructurales, sino de estilos de comportamiento susceptibles de ser modificados. La utopía era alcanzable por la persuasión del otro y no por su eliminación. Esa meta, sin embargo, Perón la enunciaba al mismo tiempo que no diferenciaba entre las lógicas propias de la política y de la guerra. Lenin también admiraba a von Clausewitz y anunciaba una tierra prometida, pero pregonaba primero la destrucción del otro, su aniquilamiento. En Perón, desechada la supresión violenta del adversario, la teoría de la guerra parecía ocupar la función de una teoría de los juegos. Quizás, si su convocatoria política no se hubiese instalado, sin que él lo buscara expresamente, en el centro de los conflictos sociales, hubiese sido el dirigente partidario más exitoso y mejor dotado para luchar por el poder que diera la Argentina. Pero la combinación entre la lógica de la guerra para pensar la política y la conformación de bloques de aliados y adversarios según una línea de *clivage* que reproducía los conflictos sociales básicos (SIDICARO, R., 1981), le quitó a Perón la posibilidad de ser el pacífico organizador del Estado y la sociedad que pudo haber sido. Si con todo dirigente político ocurre que en ciertos momentos no habla, sino que es hablado, es decir, presta su voz para expresar una situación e intereses cuyas claves se le escapan, el pacifismo de las metas de Perón se vio con más facilidad rebasado por los efectos de los conflictos sociales en virtud de esa lógica bélica con la que tempranamente construyó su matriz de decodificación de las relaciones políticas. Articular una utopía integradora y sin exclusiones con una lógica militar para pensar la política y concitar apoyos y adversarios surgidos de las confrontaciones sociales básicas, se rebeló una combinación con equilibrio imposible.

Perón buscaba la *comunidad organizada*, pero objetivamente con su acción politizó los conflictos sociales durante su década de gobierno. Pero ¿valía una meta pacífica como la que él se proponía alcanzar llevar la lógica de la guerra al terreno de las armas? En 1955, Perón se enfrentó al problema, y lo resolvió cediendo el control del Estado al grupo militar minoritario y prácticamente ya vencido que se había sublevado. Así narró Perón aquella situación: "Las probabilidades de éxito eran

absolutas, pero para ello, hubiera sido necesario prolongar la lucha, matar mucha gente y destruir lo que tanto nos costó crear. Bastaría pensar lo que hubiera ocurrido si hubiéramos entregado las armas de nuestros arsenales a los obreros que estaban decididos a empuñarlas. Siempre evité el derramamiento de sangre por considerar ese hecho como salvajismo inútil y estéril entre hermanos. Los que llegan con sangre con sangre caen. Su victoria tiene siempre el sello imborrable de la ignominia, por eso los pueblos, tarde o temprano, terminan por abominarlos" (PERÓN, J.D., 1956; pág. 15). El rechazo del uso de la violencia difícilmente hubiera podido expresarse con términos más claros. Sin embargo, Perón continuaría pensando la política con su lógica militar. Jacobino en el exilio, volvió a su país pregonando la búsqueda de la *comunidad organizada*, y siguió razonando con la misma matriz bélica.

BIBLIOGRAFÍA

- GERMANI, G. (1975): *Autoritarismo, fascismo e classi sociali.*, Il Mulino, Bologna.
- NEWTON, J. (1955): *Perón, el visionario*, Kraft, Buenos Aires.
- PAGE, J. A. (1984): *Perón*, Javier Vergara, Buenos Aires. (La biografía más completa de Perón, escrita por un profesor norteamericano graduado en Harvard).
- PAVÓN PEREYRA, E. (1973): *Perón tal como es*, Macacha Güemes, Buenos Aires.
- PAVÓN PEREYRA, E. (1985): *Diario secreto de Perón*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires.
- PEICOVICH, E. (1966-1973): *Hola Perón*, Granica, Buenos Aires.
- PERÓN, J. D. (1931): "Algunos apuntes en borrador sobre: lo que yo vi de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre de 1930. Contribución personal a la historia de la revolución", en SAROBE, J.M.: *Memorias sobre la revolución del 6 de septiembre de 1930*, Gure, Buenos Aires, 1957.
- PERÓN, J. D. (1932): *Apuntes de historia militar*, Círculo Militar (tercera edición 1951), Buenos Aires.
- PERÓN, J. D. (1944): "Significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar", en *Curso de cultura superior universitaria. Cátedra de Defensa Nacional*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1945.
- PERÓN, J. D. (1946): *Doctrina revolucionaria*, Freeland (reedición 1974), Buenos Aires. (Recopilación de textos y discursos de Perón de los años 1944-1946).
- PERÓN, J. D. (1949): "Conferencia pronunciada en el Primer Congreso Nacional de Filosofía", Mendoza, 09/04/1949, Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación. (Es el texto conocido con el nombre de *La comunidad organizada*).
- PERÓN, J. D. (1953): *Política y estrategia. No ataco, crítico, s/e.* (Artículos firmados por Perón con el seudónimo de *Descartes* y publicados entre enero de 1951 y setiembre de 1952 en el matutino *Democracia*).
- PERÓN, J. D. (1954): *Conducción política*, Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires.
- PERÓN, J. D. (1956): *La fuerza es el derecho de las bestias*, Gráfica Mundo, Lima.
- PERÓN, J. D. (1958): *Los vendepatrias. Las pruebas de una traición*, Liberación, Buenos Aires.
- PERÓN, J. D. (1968a): *La hora de los pueblos*, Volver (reedición 1982), Buenos Aires.
- PERÓN, J. D. (1969b): *Latinoamérica: ahora o nunca*, Diálogo, Montevideo.
- PERÓN, J. D. (1974): *Mensajes de junio de 1973 a junio de 1974*, Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia de la Nación.
- PERÓN, J. D. (1976): *Yo, Juan Domingo Perón. Relato autobiográfico*, Planeta, Barcelona.
- Perón y las fuerzas armadas*, 1982 Peña Lillo, Buenos Aires, 1982. (Recopilación de textos de Perón sobre las fuerzas armadas que cubren especialmente el período 1944-1955).
- PERÓN - COOKE (1973): *Correspondencia*, 2 tomos, Granica, Buenos Aires.

- RICHMOND, L. (1953): *La tercera posición argentina y otros sistemas comparados*, ACME, Buenos Aires.
- RODRIGUEZ, C. (1981): *La idea peronista*, Libra, Córdoba.
- ROM, E. P. (1980): *Así hablaba Juan Perón*, Peña Lillo editor, Buenos Aires.
- SIDICARO, R. (1981): "Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera en la Argentina, 1943-1955", en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe. A Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Nº 31, CEDLA, Amsterdam, 1981.
- SIGAL, S. y VERON, E. (1982): "Perón: discurso político e ideología", en ROUQUIE, A. (comp.), *Argentina, hoy, siglo XXI* editores, Buenos Aires.
- VAN DER KARR J. (1990): *Perón y los Estados Unidos*, Editorial Vinciguerra, Buenos Aires. (Incluye doscientas páginas de apéndice con documentos diplomáticos sobre las relaciones argentino-norteamericanas entre 1945 y 1955)